



## Un nuevo paradigma educativo

A new educational paradigm  
Um novo paradigma educacional

Eugenio Severin

Eugenio Severin<sup>1</sup>

1. Cofundador y director ejecutivo de “Tu clase, tu país”, compañía dedicada a la innovación en educación; trabaja como consultor internacional en educación para instituciones como UNESCO, BID, Banco Mundial y otras. Fue Especialista Senior en la División de Educación del Banco Interamericano de Desarrollo desde el 2008 hasta 2012, responsable del diseño, seguimiento y monitoreo de los programas y proyectos para el uso de tecnologías en educación. Trabajó desde 2003 y hasta el 2008 en la Fundación Chile como responsable de proyectos de Tecnología en Educación; Jefe de Gabinete del Ministerio de Educación de Chile entre el 2000 y el 2002 y luego Director Nacional de la Oficina de Asuntos Ciudadanos del mismo Ministerio. En 1991 obtuvo una licenciatura en Literatura en la P. Universidad Católica de Chile, y en el 2000 un MBA otorgado por Loyola College in Maryland (USA). En el año 2008 realizó un Diplomado en Políticas Públicas en Educación, en la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile; correo electrónico: [eseverin@tuclase.cl](mailto:eseverin@tuclase.cl)

Fecha de recepción: 24 de febrero de 2017 / fecha de aceptación: 24 de mayo de 2017

### Resumen

La sociedad del conocimiento impone un acelerado cambio social, cultural y económico que plantea enormes desafíos a los sistemas educativos. El paradigma sobre el que han funcionado estos sistemas en los últimos trescientos años responde a la organización de la sociedad industrial, se basa en la estandarización, la competencia y la privatización, los que podrían reemplazarse por un paradigma que ponga en el centro la diversidad, la colaboración y el sentido de comunidad, facilitando así sistemas educativos que formen para la innovación y la creatividad, mejor alineados con los requerimientos que los estudiantes enfrentarán al convertirse en ciudadanos.

**Palabras clave:** *Innovación, creatividad, diversidad, colaboración, comunidad, sociedad del conocimiento.*

### Summary

The society of knowledge imposes an accelerated social, cultural and economic change that poses enormous challenges to the educational systems. The paradigm over which these systems have functioned in the last three hundred years is the organization of industrial society, based on standardization, competition and privatization, which could be replaced by a paradigm that puts diversity at the center, collaboration and the sense of community; thus facilitating educational systems that form for innovation and creativity, better aligned with the requirements that students will face when they become citizens.

**Key words:** *Innovation, creativity, diversity, collaboration, community, knowledge society.*

### Resumo

A sociedade do conhecimento impõe uma mudança social, cultural e económico acelerado coloca enormes desafios aos sistemas de ensino. O paradigma em que eles têm trabalhado estes sistemas nos últimos trezentos anos reflete a organização da sociedade industrial, é baseado na padronização, concorrência e privatização, que poderia ser substituído por um paradigma que coloca no centro da diversidade, colaboração e senso de comunidade, facilitando sistemas educacionais que formem para a inovação e criatividade, mais alinhado com as necessidades que os alunos enfrentam quando se tornarem cidadãos.

**Palavras chave:** *inovação, criatividade, diversidade, colaboração, comunidade, sociedade do conhecimento.*

## Una sociedad de la creatividad y la innovación

La sociedad del conocimiento, en la que medios y expertos sitúan nuestro desarrollo actual, se basa en la construcción acelerada de nuevos saberes, su veloz diseminación y multiplicación, y el desarrollo de redes globales de colaboración, que permiten volver a acelerar el proceso una vez más. El desarrollo actual del conocimiento ya ni siquiera está limitado por las posibilidades humanas, la inteligencia artificial, la robótica y los algoritmos cada vez más eficientes no solo permiten que cada ciclo sea más rápido, sino que amenazan con desplazar a las mismas personas. Un reciente estudio de la Universidad de Oxford detalló que en los próximos 20 años el 47% de los actuales empleos habrá desaparecido, empezando por los que se basan en tareas rutinarias y de baja creatividad (Fray y Osborne, 2013).

En este contexto, el papel de la innovación se ha vuelto fundamental, al punto que ya se habla de la economía de la creatividad, aquella en que los ciudadanos ya no son solo simples consumidores de contenidos, productos y servicios, sino que, al mismo tiempo, reclaman experiencias más sofisticadas de consumo (curatoría, filtros avanzados, nuevas formas de visualización), en donde muchos de ellos se convierten en productores y creadores de nuevo contenido.

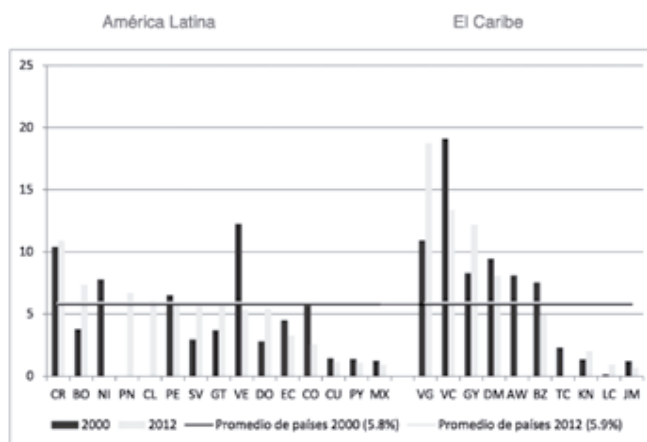
La innovación es el proceso de encontrar una solución diferente a un desafío; parte del inconformismo, del reconocimiento de que las soluciones actuales no son suficientemente efectivas, económicas, profundas, pertinentes o divertidas. Esa falta de adecuación se transforma en motivación para que algunos (los innovadores) busquen, prueben y propongan soluciones alternativas. Lo contrario de la innovación es la rutina, la tradición, la respuesta de que las cosas: “siempre se han hecho de esta manera”.

Los próximos años (como se ve en el estudio de Oxford, no se trata de un plazo largo, sino de años cercanos) impondrán a la humanidad un enorme desafío social, económico, cultural y educativo: ¿cómo preparar a los ciudadanos, a niñas y niños, para vivir en un mundo en donde el empleo será menor, los puestos de trabajo más escasos y, eventualmente, las jornadas laborales más cortas? Desde una mirada centrada en los sistemas educativos, ¿cuáles son las habilidades y competencias que debemos formar en los estudiantes de hoy para prepararlos adecuadamente?; ¿cómo se organizarán las escuelas y los docentes para esa tarea?

Hasta ahora la discusión sobre la innovación en la educación, y con mayor razón, de la educación para la innovación, ha sido alarmantemente escasa. Cuando hace presencia se ha limitado a discutir el uso de tecnologías digitales en las escuelas: computadores y *tablets*, plataformas y recursos para el aprendizaje. Pero el desafío de la innovación va mucho más allá de los dispositivos y plataformas, tiene que ver precisamente con la falta de adecuación entre lo que las escuelas hacen hoy, y las condiciones del mundo en que los estudiantes que asisten a ellas deberán enfrentar al egresar.

La discusión educativa internacional en los últimos años ha estado cruzada por la demanda de mayor calidad. Más allá de los resultados en los test internacionales y nacionales, que han mostrado escaso progreso, operan también otros parámetros, como las crecientes tasas de abandono escolar en la educación secundaria. Según datos de la UNESCO, la tasa neta de escolarización en América Latina y el Caribe, en secundaria, subió a un 76%, comparada al 49% de 1990. Sin embargo, es la permanencia en la escuela y no el acceso a la misma lo que es preocupante. El 37% de los adolescentes latinoamericanos (entre 15 a 19 años) abandonan la escuela antes de completar el ciclo escolar secundario, y uno de cada tres declara hacerlo por “falta de interés” (González, 2016).

**Figura 1.** Tasa de repitencia en educación secundaria baja, 2000-2012 (24 países incluidos en %)



Fuente: Base de datos UNESCO-UIS, febrero de 2015

Este fenómeno, que comenzó hace varios años en los países desarrollados, ya está notándose en la educación latinoamericana, con el agravante de que los estudiantes que dejan la escuela no lo hacen, como hasta hace unos años, debido a la presión económica para apoyar a las familias, a los embarazos adolescentes o al desplazamiento por situaciones de conflicto, sino fundamentalmente como una decisión personal, basada en que no encuentran sentido ni utilidad a la experiencia que tienen en los establecimientos educacionales. No están dispuestos a seguir “perdiendo el tiempo” allí.

Los estudiantes, y crecientemente los docentes y expertos, parecen reconocer la brecha entre la experiencia que la escuela ofrece, y lo que el mundo propone. La única forma de que la escuela siga siendo relevante en la sociedad del conocimiento, es que se cuestione las raíces del paradigma en que ha desarrollado su actividad en los últimos 300 años.

## Nuestro modelo educativo actual

Los Estados han incrementado una y otra vez los recursos económicos para mejorar la calidad de la educación, con resultados por debajo de lo esperado y muy menores a los necesarios. Se ha gastado mucho tratando de reparar la casa, pero la lluvia sigue entrando y el viento se cuele por todas partes. ¿No valdrá la pena preguntarse si no necesitamos una nueva casa? Muchos docentes, estudiantes y especialistas en educación han planteado que el problema es que el paradigma educativo que fundamenta el sistema educacional no tiene posibilidades de un mejor rendimiento. Vale la pena, entonces, revisar en qué consiste el paradigma actual.

El modelo educativo de la mayoría de países occidentales se basa esencialmente en el paradigma industrial y utiliza tres estrategias principales: estandarización, competencia y privatización. La estandarización establece un conjunto de reglas normalizadas a las que todo el sistema educativo y todos los actores están obligados a adscribir, se expresa en tres componentes: 1) Un plan de estudios único, rígido y detallado, basado en asignaturas separadas disciplinariamente, y sobre el que existe escasísimo margen de flexibilidad para escuelas y docentes; 2) Una pedagogía frontal, en la que todos los estudiantes, separados según su fecha de nacimiento, son expuestos a los mismos contenidos, presentados de la misma forma y al mismo ritmo a todos; 3) La evaluación

que, consecuentemente, es también estandarizada, las mismas pruebas, aplicadas intensiva y regularmente para medir el progreso de estudiantes, docentes y escuelas.

La máxima de los procesos de estandarización es la eficiencia. Un contenido único, entregado de una manera única y medido de una única forma, permite simplificar el proceso y focalizar los recursos. Buena parte de los recursos invertidos en los últimos años en todos los países de América Latina han estado destinados a perfeccionar la estandarización. Un currículo cada vez más detallado y sobrepoblado, unas guías y pautas cada vez más precisas acerca de la forma de enseñar, y pruebas estandarizadas en crecimiento.

La segunda estrategia del paradigma industrial es la de la competencia. Las escuelas, los docentes y los propios estudiantes compiten por recursos, por matrícula y por su posición en *rankings* que los padres y la sociedad deberían considerar a la hora de elegir establecimiento y juzgar su calidad. Este fenomenal argumento ha sobrevivido a pesar de la abrumadora evidencia de que las razones de los padres para elegir establecimiento no tienen nada que ver con la clasificación, sino con los proyectos educativos, las redes familiares y de amigos, el inglés, la infraestructura y la cercanía al hogar.

La privatización de la educación es la tercera estrategia del modelo industrial. Las razones para privatizar son varias: intensificar la competencia, abrir la posibilidad de variaciones en las propuestas educativas por la vía de la “diferenciación de mercado”, y aliviar la carga fiscal trasladando las inversiones al sector privado, aumentando el gasto privado en educación.

Como puede verse, con el tiempo, el modelo se ha convertido en un sistema sólido y coherente, y las tres estrategias se refuerzan una a otra. El problema es que sus resultados han sido y siguen siendo pobres, incluso medidos por las métricas que el mismo paradigma se ha propuesto (SIMCE, PISA, TIMMS, ERCE). Para qué decir desde el punto de vista de una definición más amplia de calidad educativa.

La UNESCO propone cinco dimensiones para considerar la calidad de la educación: pertinencia, relevancia, equidad, eficiencia y eficacia. Nuestro paradigma educativo actual es casi ciego a las primeras cuatro dimensiones y solo mide su eficacia, en la que, para colmo, los resultados no son buenos. En lugar de seguir tratando de reparar el modelo, ¿no será hora de pensar en cambios más profundos en el paradigma educativo que nos mueve, de manera de ampliar la mirada sobre lo que significa una educación de calidad en el siglo XXI?

## Hacia dónde caminar

¿Cuáles serían las bases de un paradigma educativo diferente? Frente a la estandarización, un nuevo paradigma debiera proponerse sobre la base de la diferenciación. El mundo del siglo XXI, y en particular el desarrollo de la psicología y la neurociencia, ha constatado una y otra vez que los seres humanos tenemos enormes diferencias entre nosotros, y que eso no constituye un problema, sino una tremenda oportunidad. Hemos, desde la experiencia traumática de la guerra o la separación, descubierto que al final del día la diversidad enriquece nuestra experiencia de vida, nos muestra posturas diferentes y, con eso, cuestiona nuestros prejuicios, nos obliga a la empatía. Hemos aprendido que la diversidad no es para “tolerarla” sino para celebrarla.

En el contexto educativo ello se debiera traducir en experiencias de aprendizaje más flexibles, que respeten diversos procesos personales y colectivos. Por ejemplo, propuestas curriculares esenciales (que resguarden el aprendizaje de los mínimos comunes), que dejen amplios espacios de libertad a escuelas, docentes y estudiantes para desarrollar aprendizajes variados; estrategias metodológicas que partan por reconocer los talentos e intereses de los alumnos; políticas y estilos de liderazgo que confíen en los docentes como verdaderos profesionales, quienes en su contexto auténtico tomarán decisiones, para lo cual requieren de libertad, apoyos y, sobre todo, confianza y reconocimiento justo; y, finalmente, sistemas y estrategias de evaluación flexibles, diferenciados y variables, útiles para acompañar el aprendizaje y mejorar paso a paso, pruebas diseñadas para ser herramientas de mejora continua, que no solo tengan un carácter de “autopsia”, es decir, que solo sirvan para determinar lo que el estudiante ya no aprendió.

Frente a la competencia, un nuevo paradigma educativo debe fundarse en la colaboración. Las escuelas son comunidades de aprendizaje, incluidas a su vez en sociedades territoriales y nacionales, se debe tratar de recuperar el sentido de lo común, de lo que construimos juntos y nos hace parte de una historia compartida y de un destino común. El papel de la colaboración en el mundo de la innovación y la empresa, en el de la creación y diseminación del conocimiento, ha demostrado ser mucho más eficiente que el de la competencia cerrada. Los desarrollos tecnológicos del siglo XXI han fortalecido las herramientas y la cultura de la colaboración, más allá de los muros y las fronteras tradicionales, abriendo oportunidades para el encuentro y el trabajo cooperativo, incluso entre personas que no se conocen entre sí.

En la escuela del siglo XXI las posibilidades de la colaboración y encuentro son infinitas; entender la propia escuela como una

comunidad para el aprendizaje de todos, significa reconstruir el papel de docentes, estudiantes e incluso de familias. El compromiso de todos los miembros está en el aprendizaje de niñas y niños, pero también en la forma como todos debemos ser aprendices siempre. Para eso no queda sino colaborar, compartir saberes, experiencias y conocimientos, de tal manera que sea posible avanzar juntos. Una escuela articulada desde la colaboración es la semilla de una sociedad distinta y de una forma enriquecida de ciudadanía.

Frente a la privatización, el nuevo paradigma educativo debe fortalecer el sentido de comunidad, como el espacio de compromiso público, de justicia para todos y de igualdad de oportunidades. No se trata de perseguir la iniciativa privada, ni de demonizarla; al contrario, la mayoría de las veces el papel en la educación, de las personas, las empresas, las fundaciones, las ONG y las iglesias, ha fortalecido la diversidad de los proyectos educativos disponibles, enriqueciendo las posibilidades de aprendizaje para las familias.

Fortalecer el sentido de comunidad en el sistema educativo no pasa por expulsar el aporte de las personas y las organizaciones privadas, sino por ponerlas en un contexto de compromiso con la justicia y la equidad. Los desafíos educativos son enormes y los recursos siempre menores de los necesarios. Necesitaremos de la creatividad, el impulso y los recursos de todos para avanzar, en el contexto de un nuevo papel para cada uno de los actores, basado en la colaboración, el respeto y la valoración de la diversidad, y en el compromiso con una educación de calidad para todos.

Así como con el paradigma industrial, los tres componentes de un posible nuevo paradigma (diferenciación, colaboración, sentido de comunidad) se alimentan y fortalecen entre sí. Las políticas públicas en educación, las formas en que se ejerce el liderazgo educativo en las escuelas, y las prácticas pedagógicas de los docentes, alineadas entre sí, podrían contribuir significativamente en la construcción de este nuevo paradigma. Eso requiere convicción y compromiso de todos los actores, manifestados en un pacto educativo centrado en la calidad.

## Los primeros pasos hacia un nuevo pacto educativo

En primer lugar, es necesario decir que pocas cosas importantes se hacen de un día para otro y que, particularmente en educación, los cambios toman tiempo, requieren sumar la voluntad y el

compromiso de muchos actores, cada uno con su trayectoria, intereses, opiniones, convicciones e ideales. Avanzar en un cambio paradigmático requerirá de convicción y decisión, pero también de paciencia y capacidad para conversar, convencer, escuchar y construir junto a otros, y eso, necesariamente, toma tiempo. Por tanto, habrá que desarrollar la capacidad para concordar el horizonte y recorrer juntos el camino, por ejemplo, planteando metas ambiciosas en el medio y largo plazo (¿cómo queremos que sea el sistema educativo en el 2020, en el 2030 y en 2040?), y definir los pasos que se es capaz de dar ahora en esa dirección.

En segundo lugar, aunque parezca obvio, se tendrá que comenzar desde el presente. En la actualidad se cuenta con más recursos que nunca dedicados a la educación, más docentes y mejor preparados que nunca, con estudiantes diversos que reclaman un tipo de experiencias de aprendizaje significativamente distintas y mejores. El primer espacio para comenzar es el currículo, un escenario especialmente sensible y polémico. En general, en América Latina hay currículos ridículamente sobrecargados, que hacen difícil para los docentes establecer jerarquías y prioridades, y en donde toda materia debe ser “pasada”, so pena del infierno para el colegio. Esto no deja espacio para la flexibilidad o la adaptación a las condiciones de contextos locales, y menos aún para el trabajo personalizado con los estudiantes, de manera de reconocer sus talentos personales y asegurar que todos y cada uno de ellos alcanza los objetivos de aprendizaje propuestos.

Así, se requiere la definición de un currículo esencial y más flexible para cada país, que dé más espacio al desarrollo de proyectos educativos diversos, y permita a docentes y directivos ser profesionales (y no meros aplicadores robotizados de la norma y el texto); pero, sobre todo, se necesita un currículo mucho más orientado a desarrollar habilidades en los estudiantes que a obligarlos a memorizar contenidos.

Estrechamente relacionado con ello está la evaluación de los aprendizajes y la medición de la calidad. Hace unos años los alumnos de media docena de instituciones educativas en Chile decidieron no rendir la prueba SIMCE, evaluación estandarizada

nacional de conocimientos. Algunas autoridades criticaron a los estudiantes por “culpar al termómetro por la enfermedad”. Es cierto, el SIMCE, o cualquier otra prueba estandarizada, es un termómetro, y lo que se puede leer en el reclamo de esos estudiantes (y si no es atendido tendrá un creciente apoyo en la región) es que, aunque prescindir del termómetro no cura a nadie, tampoco ayuda la obsesión instalada de creer que él es suficiente para entender los problemas de salud de los sistemas educativos; su sacralización, que ha llegado al punto de ordenar, según su temperatura, los incentivos para los docentes, la clasificación de las escuelas o la información de los padres, es lo que se ha vuelto inaceptable.

A partir de recomendaciones de UNESCO y de otros organismos internacionales, varios países han hecho recientemente un esfuerzo inicial por considerar sistemas más completos, más complejos y más colaborativos de medición, que es necesario seguir profundizando. ¿Qué sentido tiene hoy una prueba cuyos

resultados se conocen al año siguiente, sin dar ninguna posibilidad a escuelas y docentes para tomar medidas de mejora sobre los estudiantes que son medidos?; ¿qué sentido tiene perseverar en pruebas que solo miden algunas materias, y buscan establecer la cobertura y efectividad de las escuelas para cumplir la norma curricular, pero que son incapaces de apoyar procesos de mejora en las escuelas y en las prácticas de los docentes?

El tercer elemento crítico se da alrededor de los docentes y de la carrera profesional; es necesario contar con los mejores estudiantes de cada generación en las carreras de pedagogía, para luego verlos haciendo

clase en las aulas. Resulta fundamental la capacidad de mejorar sustancialmente el salario de los maestros y maestras, y que ello se refleje en requisitos más exigentes para el ejercicio docente, expresados en una certificación de contenidos y competencias pedagógicas del más alto estándar. Para avanzar en esta línea, hay que incluir barreras más altas de entrada a la formación inicial; pruebas regulares y habilitantes de certificación cada 10 años, y mejores sueldos, son requisitos indispensables para mejorar la calidad, las condiciones y el trabajo de los docentes en el mediano y largo plazo.



La buena educación, a la que aspiramos y la que constituye un derecho de todos los ciudadanos, no se alcanza solo con acceso más amplio, sistemas más eficientes y más inversión; todo ello es necesario, imprescindible en realidad, pero si se deja pasar la

ocasión de pensar los núcleos centrales de nuestro paradigma educativo, es posible que en el corto plazo se termine con una nueva frustración de nuestros anhelos por un sistema educativo más justo, más inclusivo y mejor educado.

---

## Referencias

BID. (2017). *BID, Graduate XXI. Aprendizaje y permanencia redefinidos*. Obtenido desde <http://www.graduatexxi.org/>

González, E. (2016-Noviembre 30). *El abandono escolar en América Latina*. Obtenido desde <http://blogs.20minutos.es/goldman-sachs-is-not-an-after-shave/2016/11/30/el-abandono-escolar-en-america-latina/>

Frey, C. B., y Osborne, M. A. (2013). *The future of employment: how susceptible are jobs to computerisation?* Obtenido desde [http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The\\_Future\\_of\\_Employment.pdf](http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf)

Unesco. (2017). *UIS. Stat. Base de datos*. Obtenido desde <http://data.uis.unesco.org/>